

EL PARTIDO COMUNISTA FRANCÉS FRENTE AL EUROCOMUNISMO: UN PARTIDO EN LA ENCRUCIJADA

Philippe Buton
Université de Reims

Desde el punto de vista de la historiografía francesa, el PCF sería el demiurgo del eurocomunismo. No tanto del término, como del concepto en sí, es decir, de la aparición progresiva de un escalafón regional europeo dentro de la cadena organizativa del movimiento comunista internacional. Si bien los observadores coinciden en evocar algunos antecedentes virtuales, principalmente el «policentrismo», preconizado por Togliatti, el paso decisivo se habría dado en Roma, en mayo de 1973, con motivo del encuentro entre los secretarios generales del Partido Comunista Francés (PCF) y del Partido Comunista Italiano (PCI), Georges Marchais y Enrico Berlinguer, respectivamente, cuando el primero propuso al italiano convocar una conferencia reservada exclusivamente a los Partidos Comunistas (PPCC) de la Europa capitalista.¹ Fue el nacimiento de la aventura eurocomunista, una aventura que, en el caso del PCF, se prolongó hasta 1978-1979.

La principal dificultad para estudiar esta problemática radica en una cuestión muy simple: esta denominación no es originariamente comunista. Durante muchos años, la dirección del PCF no recuperó para sí este vocablo de origen periodístico hasta que Georges Marchais dio el paso en 1977, en un primer momento sólo de cara a la prensa extranjera:

Un determinado grupo de partidos pertenecientes a países desarrollados capitalistas se encuen-

tran en una situación análoga en lo referente a multitud de cuestiones y proponen para estas cuestiones respuestas afines. Si es eso a lo que nos referimos con eurocomunismo, entonces se trata de una realidad. A pesar de que la palabra es restrictiva.²

Con posterioridad, el Secretario General volvió sobre el término en un libro publicado a finales de 1977:

La palabra eurocomunismo está mal elegida. Pero lo que pretende designar existe [...] designa un esfuerzo de búsqueda genuina, la elección de una vía pacífica y democrática al socialismo, el pluralismo de partidos y de corrientes de pensamiento, la unión de todas las fuerzas populares en un movimiento ampliamente mayoritario.³

Seguía así el ejemplo del verdadero iniciador de la línea eurocomunista francesa, el responsable de la sección de política exterior del PCF, Jean Kanapa, que subrayaba: «En vez de revolverse contra el «eurocomunismo», sería más positivo dilucidar las aportaciones novedosas, enriquecedoras, que este término aproximativo puede esconder».⁴

De hecho, el término periodístico se impuso antes incluso de que su uso fuese legitimado por las instancias dirigentes del PCF. Resulta sorprendente leer los índices de los catálogos de las grabaciones sonoras de las sesiones del Comité Central del PCF. En el índice, la palabra «eurocomunismo» aparece en cuatro ocasiones,

en referencia a cuatro sesiones del Comité Central, celebradas entre 1974 y 1977. Pero cuando se acude a los documentos originales, en este caso a los 56 CDs que recogen las grabaciones de estas cuatro sesiones del Comité Central, uno se percató de que el término no aparece en los resúmenes efectuados por los documentalistas, sencillamente porque el término no había sido pronunciado por los oradores. Resulta evidente, por ello, que el redactor del índice se tomó libertades con la letra del documento para respetar lo que él consideraba que era el espíritu del mismo.⁵

Así, por mucho que el apelativo fuese asumido por la dirección del Partido de forma imperfecta y tardía, el concepto no dejaba de representar una realidad. Faltaba solamente caracterizarlo. En una destacada ponencia ante la Academia de Ciencias Morales y Políticas, el 22 de noviembre de 1976, Annie Kriegel se preguntaba acerca de la naturaleza de ese «objeto político no identificado» y reflexionaba en torno a si se trataba de una nueva variedad de la familia comunista o de una nueva estrategia de conquista del poder a escala regional. Finalmente, suscribía una estimulante fórmula: la de la tentación.⁶ Esta expresión cuenta con una gran ventaja, la de subrayar hasta qué punto la noción es algo más vacilante, menos coercitiva, que un modelo o una estrategia. Pero, por ello precisamente, no resuelve todos los problemas de definición, puesto que queda una cuestión fundamental: ¿la tentación de qué?

Y, ¿la tentación de quién? Puesto que la segunda dificultad para acotar nuestro objeto de estudio nos remite a su naturaleza de puro fenómeno de representación. Esta palabra proveniente de la esfera mediática es ambigua, y la dirección del PCF ha jugado conscientemente con esta ambigüedad, con esta dimensión de representación. El no desmentir a los periodistas posibilitaba a la dirección el verse etiquetada de este modo, sin tener por ello que definir el objeto así denominado por los periodistas. La cuestión, entonces, es saber si la «tentación

eurocomunista» es aquella de los periodistas al soñar con un Partido Comunista nuevo –con la dirección del partido contentándose con cultivar la ambigüedad para lograr un beneficio en términos de imagen– o si la tentación proviene más bien de la dirección del partido, que se debate entre la tradición y la renovación.

Para iniciar la reflexión, y dado que es imposible recurrir a una definición de la cuestión elaborada por el propio partido, partiremos de la tentación entendida como ilusión óptica de los observadores al proyectar sus deseos sobre la realidad comunista francesa. Esta tentación sería aparentemente triple: una nueva relación con la libertad, con la Nación y con Europa.

Libertad, independencia, europeísmo

Decir que el comunismo es sinónimo de libertad es una banalidad desde los orígenes mismos del comunismo. A lo sumo, se puede observar que se produjo –en el campo de los escritos teóricos– una tensión entre dos concepciones: la de una libertad restringida al pueblo (la dictadura del proletariado) y la de una libertad sin límites (al liberarse, el proletariado liberará a toda la Humanidad). Esta tensión quedaba generalmente resuelta por un espacio cronológico: tras la toma del poder, la inmediata restricción de las libertades sería la condición para su futuro desarrollo máximo. Pero todas las construcciones teóricas se volvían cada vez más débiles, conforme la experiencia del socialismo real llevaba décadas y no mostraba más que un incremento muy pequeño de las libertades reales. De allí la primera tentación inducida por el término eurocomunismo: abandonar el discurso general sobre las libertades para entrar en el ámbito de las garantías formales como la libertad de creación de los artistas, el derecho de expresión de los opositores, la alternancia en el poder, la no irrevocabilidad del socialismo, etc.

El segundo aspecto de la tentación sería una nueva relación con la Nación. En efecto,

una vez más, decir que el socialismo ha de ser «aux couleurs de la France» es una banalidad mantenida durante décadas. Y, una vez más, la cuestión es juzgar la coherencia al llevar a cabo tal idea. Ahora bien, la historia del PCF, desde el pacto germano-soviético en 1939 hasta los acontecimientos de Hungría de 1956, no dejaba constancia precisamente de una verdadera capacidad para oponerse a la Unión Soviética. Básicamente, el PCF se encontraba desde tiempo atrás con un déficit de credibilidad en lo relativo a la definición de la doble dimensión del socialismo: franceses libres en una Francia independiente. Y la razón de esta doble suspicacia es evidente: la pertenencia del partido al sistema comunista mundial y sus estrechas relaciones con el corazón de este sistema comunista, la Unión Soviética.

Así descifrada, la cuestión del eurocomunismo se convierte en la cuestión de la toma de distancia respecto a la Unión Soviética, respecto al modelo del socialismo real, y la naturaleza del prefijo «euro» es perfectamente esclarecedora. Este prefijo no puede ser sinónimo de europeo, dado que tres países del sur de Europa (España, Francia, Italia) no pueden resumir la totalidad de Europa, ni siquiera de la Europa del Oeste. No podría tampoco ser sinónimo de adhesión a la causa europea. Claro que la percepción europeísta comporta dos etapas: el reconocimiento de un marco europeo de trabajo, como precedente a la voluntad de avanzar en la construcción europea. Si el PCI ya había efectuado su mutación europeísta, el PCF se encontraba todavía en la primera etapa: en 1973, únicamente había reconocido la Comunidad Económica Europea como una realidad, aunque ya no a destruir, sí a transformar, y, en abril de 1977, aceptaba el principio de elección del Parlamento europeo por sufragio universal.⁷ Por lo tanto, se encontraba todavía lejos de estar adherido a la causa europea y mantenía por ello una estricta oposición a la construcción de la «Europa de los monopolios». Tal y como dijo el responsable de la política exterior del PCF,

Jean Kanapa, durante la sesión del Comité Central de enero de 1974, Europa era «la filial del bloque atlántico bajo dirección americana».⁸ De hecho, el término «euro» solamente significaba de modo informal (y sobreentendido) que los partidos denominados eurocomunistas ya no estaban vinculados principalmente a la pirámide comunista dominada por Moscú, sino que se convertían en miembros de otro sistema comunista alternativo alimentado por las tradiciones europeas de libertad y de democracia.

La dificultad del PCF para hacer creíbles sus antiguas y numerosas proclamas a favor de la libertad, de la democracia y de la independencia de Francia, se incrementaba por el hecho de que se enfrentaba a un adversario en el terreno de las representaciones: el Partido Socialista. Desde 1971, la estrategia de François Mitterrand era la de moldear el Partido Socialista: culturalmente, alimentándolo de todo un discurso radical y marxistizante; y políticamente, ligándolo estrechamente al PCF. Pero todo ello bajo una apariencia diferente, dando a entender que el Partido Socialista sería un partido «tan a la izquierda», tan «social» como el PCF, pero más «libre» en tanto que más moderno y sin vínculos con Moscú.

Conscientes del peligro, los dirigentes comunistas ya no podían contentarse por más tiempo con el discurso tradicional: habían de elaborar uno nuevo. Pero *lo nuevo* podía ser real o virtual: el Partido Comunista podía intentar usar las representaciones de los periodistas y la opinión pública; o bien podía dar garantías reales criticando los ataques contra las libertades, la democracia o la independencia nacional en los países socialistas. Tales eran los retos de la aventura eurocomunista.

Esta cuestión ha dado lugar a estudios de enorme calidad.⁹ Para tratar de profundizar en la cuestión de la tentación eurocomunista, yo he elegido recurrir a una fuente original: las grabaciones sonoras de las sesiones del Comité Central del PCF entre 1974 y 1977. La

dirección del PCF, en efecto, había adoptado la costumbre de grabar el contenido de las sesiones: no solamente la lectura de los informes, llevada a cabo generalmente por los miembros del Buró Político, sino también del debate que estos suscitaban.¹⁰ En este artículo, me limitaré a estudiar la aportación de estas fuentes a ese problemático pilar del eurocomunismo que es la relación con la Unión soviética. Hay que decir que al consultar estos documentos la impresión dominante es la de la improvisación. Me parece, sin embargo, que la breve aventura eurocomunista del PCF puede ser dividida en dos etapas: la primera sería la de la «distancia en la proximidad», mientras la segunda daba inicio a la marcha hacia la heterodoxia.

La «distancia en la proximidad»

El carácter contradictorio de los términos del encabezamiento remite al también contradictorio carácter de las señales emitidas por la dirección del PCF. Esta contradicción proviene de la yuxtaposición de dos registros diferentes. En esencia, en ese momento, la distancia hace referencia a la cosmética mediática, mientras que la proximidad resulta de la cultura política del partido. Durante este periodo, me da la impresión de que los dirigentes comunistas esperan que algunos gestos simbólicos sean suficientes para asentar esta imagen de modernidad y libertad, sin disgustar a los soviéticos.

Si iniciamos la búsqueda de rupturas efectivas con la ortodoxia comunista, la primera que encontramos es la introducción del escalafón regional en la pirámide del comunismo mundial. Efectivamente, en la historia del sistema comunista mundial, si se dejan a un lado las escalas intranacionales (local, regional, profesional, etc.), dos escalafones han gozado de un verdadero reconocimiento: el nacional, encarnado por cada PC, y el mundial del sistema comunista. Pero si el escalafón nacional se encontraba atomizado (siendo cada partido independiente de los demás), el escalafón mundial sufrió una rápida

concentración: exceptuando los primeros años de la Tercera Internacional, la norma mundial quedó fijada rápidamente en Moscú por la dirección del partido bolchevique. De tal forma, el modo relacional, salvo excepciones marginales, permaneció conforme al modelo centro-periferia, de manera que los eventuales conflictos se producirían entre la acción de un Partido Comunista y la voluntad de la dirección moscovita.

Asimismo, durante décadas, todas las tentativas para introducir una interfaz o un nivel intermedio habían fracasado por voluntad de los dirigentes rusos. Quienes, frente al curso tomado por la Revolución rusa, creyeron poder utilizar la autonomía de la Internacional comunista, habían fracasado pronto. Muy rápidamente, la Internacional se convirtió en uno de los instrumentos de la política estalinista, disponiendo del mismo grado residual de autonomía que los demás aparatos especializados. Y los órganos regionales que la Komintern constituyó (por ejemplo el Buró para Europa occidental o la Sección para Oriente) no funcionaron más que como instancias regionales para la aplicación de la línea general fijada por Moscú. Tras la Segunda Guerra Mundial, la Federación Balcánica planeada por Georges Dimitrov fue abortada por Stalin antes de ver la luz. En cuanto a la Kominform, nunca tuvo el papel organizativo que correspondía a la Komintern. Como su propio nombre indica, desempeñó una labor de información, dicho de otra manera, una función propagandística, y fue inmediatamente controlada por la URSS estrechamente, puesto que no tenía otra misión que la de uniformar los discursos políticos e ideológicos de los partidos-Estado socialistas y de los dos principales Partidos Comunistas de Europa del Oeste (PCF y PCI).

Por lo tanto, las tensiones centro-periferia no cesaron en ningún momento, y adoptaron a veces formas espinosas, siendo los más conocidos los casos de la Yugoslavia de Tito, y posteriormente los de la China de Mao y la Albania de Enver Hoxha. Todas estas experiencias incrementaron la vigilancia del Kremlin hacia las

veleidades de autonomía de cualquier PC del mundo, e igualmente hacia el surgimiento, incluso virtual, de otro centro de impulso del movimiento comunista diferente del suyo propio. De allí la gran desconfianza de los dirigentes soviéticos al ver emerger ese objeto políticamente no identificado que los periodistas llamaban eurocomunismo.

Y es que el PCF avanzaba rápidamente en la construcción de un verdadero escalafón intermedio, europeo. Habiendo logrado la aprobación de Berlinguer para organizar un encuentro de todos los Partidos Comunistas de la Europa occidental, se contactó con todos los partidos hermanos y estos aceptaron, expresando únicamente algunas reservas el partido holandés. Se celebró en Estocolmo una reunión preparatoria en septiembre (el partido holandés tenía el estatus de observador), convocándose entonces una conferencia general en Bruselas para enero de 1974. Fueron los partidos francés e italiano quienes pilotaron esta iniciativa y Jean Kanapa puso de relieve la excelente relación entre ambos partidos. Para iniciar la construcción de este escalafón intermedio, se convocaron coloquios que agruparan a diferentes Partidos Comunistas de la Europa del Oeste (se celebraron cuatro en un año) y algunas reuniones entre representantes de varios partidos, por ejemplo en Bolonia o en Dortmund. Sobre todo, se intentó que la conferencia de Bruselas se clausurara con la adopción de un documento programático. Ante los miembros del Comité Central, en enero de 1974, Jean Kanapa subrayaba que el PCF quería elaborar un documento lo más detallado posible, pero que, ante las diferentes apreciaciones, había tenido que limitar su ambición. El análisis de este episodio (Kanapa hace ver que este aspecto no aparecerá en el informe de la sesión del Comité Central hecho público) es interesante a dos niveles. En primer lugar, a la vista de los archivos, el PCF aparece como partidario de la construcción de este polo comunista europeo, objetivamente diferente, potencialmente alternativo al único polo existente hasta entonces, el

dirigido por Moscú, todavía en esplendor con la conferencia mundial de PPCC de 1969. En segundo lugar, es importante poner de relieve las razones –según Kanapa– de las diferentes opiniones de los diferentes Partidos Comunistas. El dirigente francés destaca que la mayoría de los partidos se mostraron reticentes hacia un texto detallado al tratarse de partidos pequeños, que ejercían por ello poca influencia en la vida política, y sin política de alianzas con la social-democracia. De hecho, se trataba de partidos que se contentaban con grandes proclamaciones revolucionarias pero sin ambición de modificar realmente la situación de su país y que, según Kanapa, vivían «en la obsesión del peligro revisionista». A esta predilección por refugiarse en las «comodidades del dogmatismo», Kanapa añadía una segunda motivación, que inspiraba a los partidos alemán, berlinés, austriaco, danés y portugués: el temor a que «la acción común equivaliera a un distanciamiento del PCUS y de los partidos hermanos de los países socialistas».¹¹

Implícitamente, esto confirma el hecho de que el PCF se comprometió con una doble política: una voluntad realista de alianza con el Partido Socialista para llegar al poder e iniciar la transformación socialista de Francia, por un lado, y una consciente toma de distancia del gran hermano soviético, por el otro. A modo de ejemplo, el PCF hizo rechazar la proposición de los partidos más pro-soviéticos de invitar a la Conferencia a un representante de la revista *Problemas de la Paz y del Socialismo*, muy ligada a Moscú en cuanto que heredera de la Kominform, con el pretexto de que ningún órgano de prensa estaba invitado a seguir los trabajos de la conferencia.

Aunque estaba decidido a avanzar dentro de esta doble política, me parece verosímil que la dirección del PCF pensara que este pequeño paso fuera de la ortodoxia no suscitaría la oposición frontal de los soviéticos, procurando además considerables dividendos en términos de imagen dentro de la escena francesa. Ade-

más, el PCF había informado a los soviéticos acerca de su plan de organizar un encuentro internacional y se había asegurado de que no se opusieran.¹² Asimismo, paralelamente a este encuentro de los únicos Partidos Comunistas de la Europa capitalista, el PCF había aceptado la idea de una reunión de todos los Partidos Comunistas europeos (incluyendo, por supuesto, a los partidos-Estado en el poder), lo que desembocaría en el encuentro de Berlín-Este de junio de 1976.

Desgraciadamente para la dirección del PCF, la coyuntura del momento hacía difíciles las posturas intermedias, mientras que la cultura política de sus dirigentes provocaba dudas y reticencias para dar el paso de un verdadero distanciamiento con la URSS. Para ilustrar esta frase, continuemos con el análisis de los debates del Comité Central de enero de 1974.

La sesión se abría con una modificación en el orden del día, porque la dirección del partido decidió emprender una gran campaña contra el anticomunismo que inundaba Francia tras la publicación de *Archipiélago Gulag*, de Solzhenitsyn. Existen dos explicaciones posibles para esta reacción de la dirección del PCF, explicaciones que, además, no son contradictorias. Si me baso en el orden seguido por el presentador de la resolución, la motivación primera de esta campaña sería la de «asegurar nuestra responsabilidad revolucionaria, nuestra responsabilidad internacional frente al socialismo, frente al movimiento comunista». Conscientes de la probable irritación de los soviéticos ante las iniciativas antes mencionadas, los dirigentes comunistas franceses querían evitar cualquier malentendido y mostrar que todo ello no ponía en entredicho sus vínculos con Moscú. Sobre ello, me remito a unas declaraciones del dirigente histórico del partido, Étienne Fajon:

En el momento en que la campaña antisoviética tomó ese cariz, si un partido como el nuestro mantenía a su Comité central sin afirmar una postura clara, esto podía hacer plantearse dudas

a las jerarquías del movimiento internacional, no cumpliríamos con nuestro deber internacional.

Y considero que ésta fue la misma voluntad con la que el PCF trataba de marcar distancias respecto al Partido Comunista de España (PCE). Kanapa consideraba que se podía «hablar al respecto de un deslizamiento grave hacia el antisovietismo». El jefe de la sección de política exterior del PCF condenaba especialmente un artículo publicado en *Nuestra Bandera* por el responsable de la sección internacional del PCE, Manuel Azcárate, artículo calificado de «verdadera agresión zafia contra el PCUS». Por otra parte, el Buró Político del PCF protestó oficialmente contra este escrito del dirigente comunista español y contra el hecho de que éste dejaba entender que el PCF compartía sus apreciaciones. En la sesión del 4 de enero de 1974, el Buró Político tomó la decisión de «dirigir una carta a la dirección del Partido Comunista Español para hacerle partícipe de nuestra reacción al artículo del camarada Escarate [sic], subrayando que no puede apoyarse en el Partido comunista francés para justificar una actitud antisoviética que condenamos».¹³ Por lo demás, Kanapa informaba de que todas aquellas propuestas del PCE que iban «más o menos subrepticamente en la dirección de este deslizamiento» antisoviético fueron rechazadas en las reuniones preparatorias para la conferencia de Bruselas. Siempre para asegurar que la protesta del PCF contra la campaña antisoviética quedara bien patente, Georges Marchais propuso que se tiraran varios millones de ejemplares de la declaración oficial del PCF¹⁴ y el Buró Político decidió en su sesión de 11 de enero preparar específicamente un cartel sobre esta cuestión.¹⁵

Sin embargo, esta explicación —en principio muy importante— centrada en engatusar a los soviéticos, creo que se conjuga con una segunda que nos remite a la cultura política de los dirigentes comunistas. Es sorprendente ver cómo estos comparten todavía la visión mítica del socialismo en construcción, y cómo toda ofensa contra este mito es denunciada y lo es con gran-

des dosis de sinceridad. Fijémonos en particular en las intervenciones del secretario general del partido. Intervino en dos ocasiones. Desde la apertura de la sesión del Comité Central, rechazó emprender la defensa de Solzhenitsyn —y sabe que ello le puede costar caro frente a la opinión pública— porque está impactado por lo que ha leído (o dice haber leído):

Sería un error para el partido continuar discutiendo, debatiendo: se publica, no se publica; Solzhenitsyn tiene razón, no tiene razón; por lo que se refiere a Solzhenitsyn, su último libro *Archipiélago Gulag*, con lo que dice, esclarece de modo preciso la naturaleza del personaje; se trata en todo caso de mi opinión, cada uno dará la suya.¹⁶

Y el secretario general recibió el apoyo de un eminente representante de la vieja guardia del partido, Étienne Fajon, quien observaba «un cambio de naturaleza» en esta campaña antisoviética con Solzhenitsyn; ya «no se centra solamente en los errores o las faltas o los crímenes etc., de eso que se llamó el periodo de culto a la personalidad, sino que se centra en el propio socialismo, la revolución de Octubre, es decir, el ideal por el que nosotros luchamos».¹⁷

Tras la aportación de Jean Kanapa, Georges Marchais intervenía de nuevo en la discusión, y ofrecía a sus camaradas un alegato a favor del socialismo soviético cuya ingenuidad no hace sino testimoniar su sinceridad. Particularmente, Marchais evocaba supuestas dificultades de la agricultura soviética y afirmaba:

[Hubo] dificultades de la agricultura soviética el último año, pero ese año la Unión Soviética bate todos los records, y ese éxito de la agricultura soviética genera problemas considerables, Breznev me dijo: nuestros campesinos se han vuelto ricos, y tienen dinero y plantean exigencias, va a ser necesario por ello que construyamos más coches, más garajes, más viviendas, etc.

Unos minutos más tarde, Georges Marchais intervenía de un modo igualmente sorprendente con un análisis comparado de las democracias soviética y francesa:

El Soviet supremo acordó derechos nuevos para los trabajadores de las empresas, es fantástico, fantástico, y no se ha escrito una sola palabra sobre ello. En el cuadro de la reforma, concedieron nuevos e importantes derechos a los soviets en todas las áreas, incluidos los diputados, lo cual no funciona como en nuestra Asamblea nacional. Yo no era diputado antes y lo soy ahora, la Asamblea nacional no tiene ninguna función. Se pronunciaban discursos, pero eso es todo. Los diputados soviéticos tienen infinitamente más derechos que los diputados franceses, y no se ha escrito una sola palabra sobre ello.¹⁸

El otro aspecto interesante de esta sesión del Comité Central es que demuestra que la gran mayoría de los militantes ya no comparte la visión tradicional del socialismo en construcción. No solamente porque en los primeros momentos de la discusión del Comité Central hay una proposición de Henri Fizbin (el dirigente reformador de la Federación de París del PCF) para pedir la libertad de expresión para Solzhenitsyn, sino, sobre todo, porque el ponente, René Piquet, subrayaba el decaimiento del filosovietismo entre los militantes comunistas:

Ya no se dan, como se daban, reacciones encendidas contra los ataques antisoviéticos, existe por una parte —quizá mis palabras son excesivas— pero existe un cierto escepticismo entre los militantes comunistas ante esta campaña que ahora mismo se desarrolla. Y el espíritu crítico respecto a las experiencias socialistas, espíritu crítico que nosotros no discutimos a los comunistas, no puede de ninguna manera ser sustituido por la propaganda del socialismo como tal, con todos sus aspectos extraordinariamente positivos.¹⁹

Y, adentrándose en los detalles de las dudas políticas de los militantes, observaba que éstas se centraban principalmente en la cuestión de la democracia política: «Se reconoce con relativa facilidad la democracia económica, social, se reconoce con bastante facilidad el éxito en estos campos, es casi una evidencia, admitida como tal. Pero cuando se trata de democracia política, allí encontramos más dificultades». El dirigente co-

munista se adentraba entonces en explicaciones alambicadas que, achacando todo a la ausencia de modelo (de un modelo ruso, pero también de un modelo francés), llegaba a justificar la falta de libertad política en la URSS: «Nosotros nos pronunciamos por el pluripartidismo en nuestro país (pero ello) no debe conducirnos a pensar que en otros lugares y por ejemplo en la Unión soviética la existencia de un único partido es un freno al desarrollo de la democracia política en ese país».²⁰

Sin embargo, esta política de equilibrista —denunciar el antisovietismo a la vez que se favorecen las veleidades de autonomía hacia Moscú— se fue volviendo más y más delicada a medida que el Partido Comunista, en el marco de su pragmática política de alianzas, quiso conformar una imagen de partido moderno y democrata. Y también a medida que el desarrollo de la disidencia en la Unión soviética multiplicaba las interrogantes entre la opinión pública y los medios de comunicación. El apogeo del *aggiornamento* virtual del comunismo francés se produjo en 1976, con una doble concesión democrática y simbólica dada por el PCF. En el plano interior, el XXII Congreso del PCF abandonaba, en febrero de 1976, la noción leninista de dictadura del proletariado. Ahora bien que, en 1968, Leonid Brézhnev había puesto en guardia a la dirección del PCF (y en particular a Waldeck Rocher y Georges Marchais): «Los partidos comunistas no deben perder de vista el peligro reformista, oportunista de derechas [...]. Algunos partidos están preparados para pasar por encima de nuestros principios, a atenuar la lucha de clases, a abandonar el termino dictadura del proletariado».²¹ Y, en el plano exterior, en octubre del mismo año, el dirigente comunista Pierre Juquin estrechaba la mano de Leonid Plioutch, el disidente soviético recientemente expulsado de la URSS, con ocasión de un mitin en la Mutualité. El discurso pronunciado en esa ocasión alcanzó una difusión de seis millones de ejemplares. Escuchando las sesiones del Comité Central posteriores al XXII Congreso, parece

evidente que la dirección del PCF asumía conscientemente el riesgo de una ruptura con el partido soviético. De hecho, a finales de febrero el secretario general del partido no acudió —como era costumbre— al congreso del PCUS: Georges Marchais envió a Gaston Plissionnier. Pero, consciente del riesgo de escisión que se corría, la dirección quiso que esta ruptura fuera asumida por la totalidad del partido francés.

La marcha hacia la heterodoxia

A partir de las sesiones de los días 30 y 31 de marzo de 1976, Jean Kanapa informó a los mandos del partido de que se multiplican en el país los artículos que cuestionan la política definida por el XXII Congreso. Estamos en la víspera del encuentro general de todos los Partidos Comunistas europeos, que debe tener lugar en Berlín-Este en junio de 1976, encuentro que se prepara «en condiciones que suscitan serios problemas», prosigue el dirigente de la sección de política exterior. Al mismo tiempo, el Buró Político tomaba una iniciativa de envergadura: elegía informar con precisión al Comité Central acerca de la degradación de las relaciones PCF-PCUS. Precisaba que el contenido de esta comunicación se mantendría en secreto pero, y eso es lo esencial, deseaba que «dicha información trascienda a todo el partido».²²

Ante un auditorio muy atento, Jean Kanapa expuso una crítica a la URSS perfectamente argumentada. La primera de las críticas se fijaba en el aspecto ofrecido por el propio XXV Congreso del PSUC. Subrayaba la elevada edad media de los delegados y, sobretodo, el hecho de que su elección al congreso no se debiera tanto a su situación de responsables políticos, sino a una especie de recompensa por su estatus de trabajadores de élite. Kanapa revelaba también la presencia de once cosmonautas entre los delegados. Ello explicaría la inanidad ideológica de las intervenciones, su carácter estereotipado, estrictamente organizativo y económico. Kanapa evidenciaba además la amplitud de las

medidas de seguridad que aislaban el congreso de la población, así como la confusión entre el partido y el Estado por la intervención de diez ministros en el congreso. Pero, sobre todo, se centró en la vuelta del culto a la personalidad:

Una delegada mujer incluso ha agradecido a Brézhnev la atención hacia las mujeres soviéticas manifestada en su informe [...]. Más preocupante es la avalancha de elogios sistemáticos, a veces ditirámicos dirigidos a Brézhnev. El nombre de éste no podía ser pronunciado en el congreso sin desembocar en una ovación. Es difícil imaginar la impresión que este tipo de elogios incesantes termina por provocar.

Kanapa precisaba que, voluntariamente, se habían incluido ejemplos de estos elogios en el informe publicado por *L'Humanité* dado que era «indispensable informar, y diría incluso alertar, a nuestro partido. Cualquier síntoma de reaparición de culto a la personalidad es demasiado grave para que podamos silenciarlo». ²³ Y, recordando que «todo comenzó con el culto a la personalidad de Stalin; no aceptaremos jamás que tal cosa se reproduzca», Kanapa subrayaba que en la URSS nadie hablaba ya ni del XX Congreso, ni de Krushev, mientras que los homenajes a Jdanov se multiplicaban, y concluía: «Todo esto puede llevarnos a preguntarnos si el PCUS ha extraído realmente del XX Congreso todas las lecciones consecuentes».

Paralelamente, Kanapa criticaba una característica en concreto de la política exterior de la URSS. Ésta era, a su parecer, demasiado favorable al *statu quo* en Europa, lo que la empujaría a preferir la permanencia de la derecha en el poder antes que una victoria de la izquierda. Kanapa criticaba un pasaje del informe de Brézhnev apuntando que «la política exterior de Giscard d'Estaing es contra toda evidencia una prolongación de la de De Gaulle». Kanapa recordaba así la visita del embajador soviético al candidato Giscard d'Estaing durante la campaña presidencial de 1974, y subrayaba otros hechos recientes de inspiración similar: por ejemplo, que *Pravda*

había reproducido el discurso del presidente soviético ante el congreso soviético pero tras haber expurgado el pasaje contra Giscard a propósito de la cuestión de Djibouti. Igualmente, recordaba cómo el órgano soviético había solicitado un artículo a Marie-Claude Vaillant-Couturier, pero pidiéndole que no criticara a Giscard d'Estaing.

Los meses siguientes las relaciones se encaronaron: los artículos críticos se multiplicaban en la prensa soviética y, a principios de enero de 1977, la dirección del PCF había de prepararse para fuertes turbulencias en sus relaciones con el partido soviético. El 12 de enero, el PCF consagraba una gran parte de la reunión de su Buró Político a examinar dicha cuestión y resumía así su postura:

Con los Partidos Comunistas de los países socialistas, mejor mantenerse dentro de la línea del XXII Congreso. Nos encontramos ante una prueba difícil con ellos en lo relativo a esta cuestión. Estad en guardia para no «cruzar la línea». Perseguid el doble objetivo de hacerles aceptar la existencia de divergencias y continuar las relaciones normales. Eventuales encuentros políticos (en particular con el PCUS) significarían de antemano un reconocimiento público de la existencia de divergencias. ²⁴

En consecuencia, es obvio que la ofensiva contra la tentación eurocomunista del PCF no tomó totalmente por sorpresa a la dirección del partido francés.

La hora de los ukases

Entre febrero y marzo de 1977, la ofensiva soviética se desarrolló en dos tiempos. En la víspera de lo que los observadores llamaron «el punto álgido del eurocomunismo», es decir, el encuentro en Madrid a comienzos de marzo de 1977 de los tres secretarios generales (Berlinguer, Carrillo y Marchais), la dirección soviética transmitió a la dirección del PCF un mensaje verbal –«de intimidación», dijo Kanapa– cuyo contenido tal y como lo transmitió Jean Kana-

pa a los miembros del Comité Central era el siguiente:

El PCUS ha tenido conocimiento a través de *Le Figaro* y *Le Monde* del 7 de febrero de la reunión de los tres secretarios generales de los partidos comunistas italiano, francés y español. Encontramos normal que tres partidos se reúnan. Pero la información que se daba acerca de cuáles serían las intenciones de este encuentro no puede sino alarmarnos. Se querría elaborar un manifiesto del eurocomunismo que estaría caracterizado por las críticas a la Unión soviética y que supondría una división de principio entre nuestros partidos. La entrevista a Santiago Carrillo en la revista americana *Newsweek* del 24 de enero otorga credibilidad a esta información. Si esto es verdad, los camaradas franceses deben comprender que se trataría de algo grave que supondría un paso hacia la división del movimiento comunista. Esperamos que el PCF encontrará la forma de evitar esto y las consecuencias que supondría.²⁵

A esta amenaza respondía el secretariado del PCF con una carta –aprobada por el Buró Político el 24 de febrero de 1977–²⁶ que se articulaba en torno a tres elementos. En primer lugar, la sorpresa de ver presentados como referentes a periódicos tales como *Newsweek* o *Le Figaro* en lugar de *L'Humanité*. En segundo término, afirmaba de nuevo que el PCF rechazaba cualquier condena colectiva de un PC –además, recordar la voluntad de no criticar pública y colectivamente al partido soviético era recordar también la misma voluntad de abstención frente a las presiones de los partidos filo-soviéticos para condenar el partido comunista chino–, mientras que el partido soviético había «multiplicado las presiones en este sentido en el último periodo, incluso en el seno de organizaciones internacionales democráticas –se trata de alusiones a la Federación Mundial de la Juventud Democrática y a la Federación Sindical Mundial–, causando así graves perjuicios a la cohesión y eficacia de éstas». Finalmente, el secretariado del PCF consideraba inadmisibles que los soviéticos «pretendan indicarnos nuestra línea de conducta y ponernos en guardia contra los peligros de una

división del movimiento comunista. La línea de nuestro partido ha sido definida soberanamente por nuestro XXII Congreso y pretendemos mantenernos dentro de estos parámetros».²⁷

La firme respuesta del PCF aumentó el tono del ataque soviético, lo cual quedó plasmado en la carta, extremadamente encendida, que el Comité Central del PCUS dirigió a su homólogo francés el 18 de marzo de 1977. No es improbable que esta fecha fuera elegida expresamente, puesto que se trataba de una de las fechas clave de la liturgia simbólica comunista que todo militante debía conocer, el inicio de la Comuna de París, lo que permitía quizá recordar a todos a la vez las tradiciones revolucionarias del proletariado francés y la necesidad de permanecer fieles a las mismas.²⁸ Esta carta, extremadamente extensa (la transcripción literal ocupa 18 páginas), fue leída íntegramente en la tribuna del Comité Central durante sus sesiones de 31 de marzo y 1 de abril de 1977. Se trataba de una violenta requisitoria contra la política reciente del partido francés. Pero, a pesar de su extensión, la carta de los soviéticos únicamente se refería a una cuestión: la denuncia del cuestionamiento por parte del PCF de la democracia política en la URSS. Este leitmotiv, recalado durante toda la misiva, aparecía ya desde el primer párrafo, donde se hablaba de «hostiles críticas a la Unión Soviética y a su política, notablemente acerca de la cuestión de la democracia soviética». Sólo se citaba un ejemplo, la participación de un dirigente (el nombre de Pierre Juquin no aparecía citado) en un encuentro de solidaridad con los disidentes antisoviéticos en la Mutualité, siendo el resto una disertación acerca de la inconsistencia de las nociones de «libertad» o de «democracia», quedando todo supeditado a la lucha de clases. Pero lo más importante fue que, bajo esta lección elemental de leninismo, los dirigentes soviéticos dejaban entrever la amenaza de una escisión: aclamaban a algunos Partidos Comunistas (británico, holandés, austriaco, portugués, griego y finlandés) y, sobre todo, criticaban sis-

temáticamente, no a la dirección del PCF, sino a «algunos dirigentes comunistas franceses».

Esta carta soviética a la que nos referimos fue conocida gracias a un libro de Jean Fabien publicado en 1985. Lo que se conocía menos era el vigor de la protesta de los dirigentes del PCF y la contraofensiva capitaneada por los soviéticos. Ésta se desarrolla en dos tiempos: en el Buró Político el 30 de marzo, y en el Comité Central el 1 de abril de 1977.

El acta de decisiones del Buró Político indica, algo poco habitual, los nombres de los miembros del Buró que intervinieron: Jean Kanapa, Georges Séguy, Gaston Plissionnier, Roland Leroy, Henri Krasucki, Étienne Fajon, Charles Fiterman, Paul Laurent y Georges Marchais; dicho de otra manera, había destacados dirigentes sindicales (Séguy y Krasucki), representantes de la tradición *kominterniana* (Fajon) y el máximo representante de la línea ortodoxa (Leroy). El Buró Político adoptaba una resolución que constituiría la base de la intervención de Jean Kanapa dos días después.²⁹

A la hora de la sesión del Comité Central, la dirección del PCF era ya consciente del riesgo de escisión –los soviéticos las habían dispuesto recientemente en Finlandia, Suecia y Japón, recordaron algunos intervinientes– y preparó un cortafuegos. Esta parte de la sesión del Comité Central, que se prolongó más de tres horas, se desarrolló en cuatro tiempos. En la primera etapa, oficialmente, el Buró Político optó, de forma excepcional, por no dar su opinión sobre la carta y dejar a los miembros del Comité Central expresar libremente su opinión. No estoy seguro de que algunos responsables no hubieran sido informados, incluso requeridos a intervenir, con anterioridad. En cualquier caso, varios responsables intervinieron inmediatamente para condenar la misiva soviética (Marcel Rosette, Pierre Sotura, Francette Lazard, Pierre Pranchère), a menudo con palabras extremadamente duras, como hizo Jean Fabre señalando «el carácter absolutamente intolerable, inad-

misible, de la llamada a la división que hay en este mensaje, provisto además de un toque de chantaje. Otra cosa que es muy angustiada es la ceguera, la esclerosis, el desconocimiento que revela esta carta de la situación en nuestro país y de lo que ocurre en el suyo propio». Este último aspecto resulta el más sorprendente. Lejos de la retórica de 1974 sobre la necesaria solidaridad recíproca, fue la crítica sistemática de la realidad soviética la que dominó en esta sesión del Comité Central. La segunda etapa se concretó en una intervención de Jean Kanapa que, en nombre del Buró Político, recogía las críticas suscitadas por la carta de los soviéticos. Después, en un tercer momento, varias figuras relevantes del PCF tomaron la palabra para afirmar su solidaridad con la dirección: dos dirigentes de la CGT (Georges Séguy, a través de una carta y anunciando su intención de rechazar la condecoración de la Orden de la Revolución de Octubre, y Henri Krasucki), varios responsables del partido (René Andrieu, Jean Burles, Pierre Jensus, etc.), y viejos representantes de la tradición *kominterniana* (François Billoux y Raymond Guyot). Finalmente, en la cuarta etapa, el secretario general del partido, Georges Marchais, extrajo las conclusiones generales.

Hay muchos puntos a destacar de esta larga cuarta sesión. En primer lugar, la aplastante unanimidad en rechazar la presión soviética y la amenaza de escisión. Tomaré como ejemplo solamente la intervención de Kanapa, aunque todos se mueven en el mismo registro: «Es una labor que hay que llamar por su nombre, es la labor de carácter escisionista, es claramente intolerable... [Es] un intento de intimidación contra nuestro partido y hay que rechazarlo con la mayor firmeza».³⁰

El otro elemento determinante fue la crítica a la situación interna de los países socialistas (la URSS y Checoslovaquia son los únicos ejemplos citados) en lo referente a la libertad y la democracia. A modo de ejemplo, el informe de Henri Krasucki a propósito del reciente congreso de los Sindicatos Soviéticos, a que

acababa de asistir, fue extremadamente crítico. Habló de la «reducción del papel de los sindicatos», del «papel del partido [que] se hace más y más pesado», de «discursos estereotipados», de «aspecto caricaturesco». Los sindicatos no aparecían «como defensores de los derechos y los intereses de los trabajadores sino como un engranaje del Estado y de la política de partido». Observó también el surgir de «un nuevo culto a la personalidad, organizado desde arriba», y que «todos los discursos tenían un comienzo obligado: varios minutos de elogios de la figura histórica de Brézhnev». Henri Krasucki se refirió a la «pobreza de los argumentos, a menudo claramente primitivos, y no muy meritorios», y tomó como ejemplo el discurso del presidente de los sindicatos de Ucrania, quien «tronó contra los trotskistas y los anarcosindicalistas que preconizan la independencia de los sindicatos». Bajo las risas de la sala del Comité Central, Krasucki dijo: «¡Se trata de nosotros!». Y, a su vez, el dirigente cegetista evocó el problema de las libertades y subrayó que, en cambio, «[el presidente de los sindicatos de Ucrania] ha rechazado la idea de que puedan existir violaciones de los derechos humanos en Ucrania».³¹

El tercer elemento que conviene destacar es la relación con la Historia. El pasado soviético estuvo en segundo plano en las intervenciones y salió a la luz en algunas ocasiones, con el fin de recordar la dolorosa experiencia de la época estaliniana y de reprochar a la dirección soviética una especie de vuelta atrás olvidando el informe pronunciado por Khrushchev en 1956, en el XX Congreso del PCUS. Tres dirigentes se mostraron especialmente incisivos sobre esta cuestión: Jean Kanapa y los viejos kominternianos François Billoux y Raymond Guyot.

Jean Kanapa resumió a la tribuna una carta del partido checoslovaco dirigida al Comité Central del PCF. Era una carta cuyo contenido era evidentemente muy cercano al de la de los soviéticos. Leyendo un pasaje de la carta de los checoslovacos acerca de los autores de la *Carta* 77, Kanapa se interrumpió y precisó a la audien-

cia: «Llamo vuestra atención sobre el siguiente pasaje, y en particular a los camaradas que han hablado del XX Congreso del PCUS, del pasado y del hecho de que sin duda los camaradas soviéticos no han tenido en cuenta su propio congreso. Esto es sin duda verdad para los checoslovacos». Luego, Kanapa continuó su lectura: «El lenguaje de los autores de la *Carta* —afirmaban los dirigentes checoslovacos— es el lenguaje de esos que se han desvinculado de la patria socialista, la detestan, y su sentimiento cosmopolita les hace pensar de modo cosmopolita». Kanapa comentó que «para los que tienen memoria, hay para estremecerse de terror», subrayando así la resonancia histórica de las purgas sangrientas y antisemitas realizadas por los partidos-Estado de las democracias populares en los comienzos de los años cincuenta.

Algunos minutos más tarde, llegó el turno del exministro comunista François Billoux y éste volvió a referirse al XX Congreso: «Comparto las apreciaciones de los camaradas y de Jean Kanapa, y debo decir que estoy muy preocupado, aunque no por nuestro partido, sino por el PCUS [...]. El XX Congreso ha quedado nulo y sin valor, se desvanece». Pero el más incisivo sin duda fue Raymond Guyot, quien realizó una intervención cuanto menos heterodoxa, que suscitó numerosos murmullos en la sala. Afirmó: «Es evidente que se ha borrado toda huella del XX Congreso. Estos días he releído el folleto con el informe secreto que tengo, al igual que todos vosotros imagino, he releído hace varios días el informe secreto de Khrushchev. Es una verdadera lástima que no haya sido leído por el gran público del partido y del movimiento obrero. Aquellos que no lo hayáis hecho, releedlo». Nos encontramos en abril de 1977 y, tan sólo tres meses antes, la dirección del PCF todavía seguía hablando de «el informe atribuido al camarada Khrushchev», negándose a reconocer que había tenido conocimiento de ese informe desde 1956 y, por lo tanto, mintiendo al respecto durante 21 años.³²

Después de esta sesión, la dirección del PCF decidió, según la expresión empleada por

Georges Marchais en la intervención final, seguir teniendo «un pie en dos zapatos». Es decir, mantenerse firmes frente a los soviéticos sin dejar de mantener por ello una relación lo más fraternal posible. La carta soviética se mantuvo por lo tanto en secreto, al igual que la respuesta de la dirección francesa.

Sin embargo, no cambiaron...

A pesar de todas sus críticas, de todas las referencias al pasado, el PCF no rompió con Moscú y, entre 1978 y 1979, abandonó la frágil barcaza eurocomunista para convertirse nuevamente en una nave de la flota imperial soviética. Este viraje se debía a varias razones, evocadas abundantemente.³³ Me gustaría destacar aquí una, basándome en la consulta de las grabaciones sonoras: la dimensión de la cultura política comunista.

Por cierto, al escuchar a los dirigentes del PCF, se percibe esta profunda evolución que se produjo en apenas tres años y que he tratado de describir en este artículo. Además de los elementos fácticos que he mencionado, una de las evoluciones más notables fue el cambio de percepción a propósito de las repercusiones en Francia de la experiencia soviética. En enero de 1974, en el Comité Central René Piquet presentaba las cosas como sigue:

Hay camaradas que piensan que no somos lo suficientemente críticos frente a la realidad de los países socialistas y que piensan que ser más críticos en esos aspectos nos ayudaría sin duda en el terreno nacional. En cambio, yo pienso de manera firme que lo que más y mejor nos puede ayudar es la defensa del socialismo tal y como es en la actualidad. Debemos, creo, decirlo claramente: el progreso del movimiento revolucionario y el progreso de las ideas del socialismo no pasa por la crítica –incluso cuando estamos en la obligación de hacerla y la hacemos–, no pasa por la crítica sino por tratar de demostrar la superioridad del régimen socialista en todos los campos. Y ello es cierto, creo, en el campo de la democracia, incluido el de la democracia política.³⁴

Tres años más tarde, el tono del discurso oficial era radicalmente diferente y es el posible desencadenamiento de sucesos graves en los países socialistas, y sus consecuencias para la imagen del PCF, lo que inquietaba a los dirigentes comunistas, como Jean Kanapa, quien declaraba:

Es tan necesario que nuestro partido adopte al respecto una posición clara y firme como es preciso que la evolución de los acontecimientos en la URSS suscite nuestra inquietud. Los fenómenos insanos, los atentados contra las libertades son un ejemplo, pero hay otros, los fenómenos insanos se multiplican. No es posible que, sesenta años después de la instauración del socialismo, formas estereotipadas de vida política, ideológica e incluso social se sigan manteniendo de modo artificial sin que se vaya hacia crisis que pueden presentar rasgos graves y preocupantes. Es importante por ello que nuestra actitud sea tal que los acontecimientos imprevisibles no nos pongan en dificultades ante los miembros del partido, ante los trabajadores, ante millones de franceses que confían en nosotros, y ante los millones que todavía nos hacen falta para marchar hacia el cambio revolucionario, el socialismo.³⁵

Esta evolución es, en consecuencia, innegable. Sin embargo, queda la impresión de que se trató de concesiones a la coyuntura del momento. Las críticas contra la URSS formuladas por los responsables comunistas aparecen como los ecos de las críticas elaboradas por la opinión pública, una recuperación parcial de las críticas a la ausencia de libertades y de democracia, y fueron una solución que persistió largo tiempo tanto en el plano retórico, como en el orden formal (en el sentido de las libertades formales). Pero en ningún momento asistimos, al menos en los materiales que hemos consultado, a un verdadero cuestionamiento de dos elementos del núcleo duro de la cultura política comunista que son, por un lado, la asimilación de la propiedad colectiva al «Bien» y, por otro lado, la identificación entre partido y clase, que según los comunistas determinaba la superioridad

ontológica del PC sobre todas las demás formaciones socio-políticas. Se trataba de lo que Georges Marchais, implícitamente, declaraba durante su discurso el 30 de junio de 1976 en Berlín durante el encuentro internacional de los Partidos Comunistas europeos:

El socialismo por el que luchamos será un socialismo profundamente democrático, pues se apoyara en la propiedad de la sociedad sobre los grandes medios de producción e intercambio y en el poder político del pueblo trabajador, dentro del cual la clase obrera juega un papel fundamental.³⁶

Incluso Henri Krasucki, tan severo respecto a la relación sindicato-partido en la Unión Soviética, informó de que, con ocasión del congreso de los Sindicatos Soviéticos, tuvo entrevistas políticas con los dirigentes del PCUS «en calidad de miembro del Buró Político» del PCF. Incluso Jean Kanapa, ansioso de no tirar al bebé socialista con las aguas del baño burocrático, en la sesión del Comité Central del I de abril hizo un elogio de las instituciones checoslovacas:

La carta del PCUS constituye una verdadera agresión contra nuestro partido. Acusado no solo de zozobrar en el antisovietismo, sino incluso de abandonar las posiciones de clase y de dar la espalda a los intereses de los trabajadores de nuestro propio país. Es indigno y es grotesco. La argumentación de los autores de la carta es además de una debilidad que consterna. La carta está visiblemente destinada a ser difundida [...] dentro del Partido Comunista de la Unión soviética. Nos atribuye alegremente posiciones que jamás fueron nuestras, por ejemplo el cuestionamiento del sistema político de la Unión Soviética, a pesar de que el secretario general del partido [...] dijo expresamente lo contrario, y de que, en la respuesta al Partido Comunista Checoslovaco, lo habéis visto en el pasaje, decimos: los mecanismos, las instituciones existentes, hacedlas funcionar, mejorad su funcionamiento.³⁷

Esta persistente exaltación de las instituciones socialistas sólo puede arrojar fuertes dudas acerca de la verdadera aculturación democrática de la dirección comunista francesa de la

época. Dicha aculturación sólo fue esbozada, lo suficiente para distanciarse de la URSS, pero insuficientemente para comprender que una democracia socialista o soviética no era más que un oxímoron. Esta incompreensión permitió a la dirección del PCF creer que podía seguir conjugando, incluso tras 1979 y la invasión de Afganistán, proclamaciones democráticas y amistades soviéticas, poniendo así fin a la tentación eurocomunista y favoreciendo ampliamente el rápido descenso del PCF a los infiernos electorales.

Traducción: Luisa Marco Sola

NOTAS

- ¹ «[La conferencia de Bruselas de los Partidos Comunistas de la Europa occidental] representa una responsabilidad muy importante para nuestro partido. Fue efectivamente nuestro partido quien tuvo la idea de esta conferencia, al adelantarla Georges Marchais en el curso de su reunión con Berlinguer en Roma en mayo de 1973, nuestro partido y el PCI se pusieron de acuerdo para consultar a los partidos hermanos concernientes»: KANAPA, Jean, *Rapport à la session du Comité central du PCF des 18-19 janvier 1974*, Archives départementales de la Seine-Saint-Denis (en adelante AD-SSD), 4 AV 2009-2018.
- ² Citado por FABIEN, Jean, *La guerre des camarades*, París, Olivier Orban, 1985, p. 174.
- ³ MARCHAIS, Georges, *Parlons franchement*, París, Grasset, 1977, pp. 189-190.
- ⁴ KANAPA, Jean, *Le mouvement communiste international hier et aujourd'hui*, París, Editions du PCF, s/f (probablemente 1977), p. 28. Se trata de la publicación de una conferencia pronunciada por Jean Kanapa ante la Escuela Central del PCF en noviembre de 1977.
- ⁵ *Réunions du Comité central du PCF 1921-1977. Etat des fonds et des instruments de recherche*, Bobigny, Conseil général de la Seine-Saint-Denis/Fondation Gabriel Péri, 2010.
- ⁶ KRIEGEL, Annie, «L'eurocommunisme», *Revue des travaux de l'Académie*, 1977, pp. 687-707.
- ⁷ *Réunion du Bureau politique du 18 avril 1977. Décisions*, AD-SSD.
- ⁸ KANAPA, Jean, *Rapport à la session du Comité central du PCF des 18-19 janvier 1974*, AD-SSD, 4 AV 2009-2018.
- ⁹ Las dos obras de referencia son la crónica detallada y argumentada elaborada por los opositores comunistas -FABIEN, Jean, cit.— y la excelente síntesis de Stéphane COURTOIS y Marc LAZAR, *Histoire du Parti Communiste Français*, París, Presses Universitaires de France, 1995, 2e ed. 2000, pp. 380 y ss. A completar con las estimulantes reflexiones de Annie KRIEGEL: la ponencia ya citada ante la Academia de Ciencias Morales y Políticas, así

- como sus *Un autre communisme? Compromis historique, eurocommunisme, union de la gauche*, París, Hachette, 1977, y *Le Communisme au jour le jour*, París, Hachette, 1979.
- ¹⁰ Hemos consultado estos documentos sonoros en los Archives départementales de la Seine-Saint-Denis, y hemos completado nuestro estudio con los informes de las decisiones de las reuniones del Buró Político del PCF, conservados en los mismos archivos. Doy las gracias al personal de los Archives départementales de la Seine-Saint-Denis, y especialmente a Pascal Carreau por su disponibilidad y su competencia.
- ¹¹ KANAPA, Jean, *Rapport à la session du Comité central du PCF des 18-19 janvier 1974*, AD-SSD, 4 AV 2009-2018.
- ¹² KANAPA, Jean, *Rapport à la session du Comité central du PCF des 18-19 janvier 1974*, AD-SSD, 4 AV 2009-2018.
- ¹³ *Réunion du Bureau politique du 4 janvier 1974. Décisions*, AD-SSD.
- ¹⁴ MARCHAIS, Georges, *Intervention à la session du Comité central du PCF des 18-19 janvier 1974*, AD-SSD, 4 AV 2009-2018.
- ¹⁵ *Réunion du Bureau politique du 11 janvier 1974. Décisions*, AD-SSD.
- ¹⁶ MARCHAIS, Georges, *Intervention à la session du Comité central du PCF des 18-19 janvier 1974*, AD-SSD, 4 AV 2009-2018.
- ¹⁷ FAJON, Etienne, *Intervention à la session du Comité central du PCF des 18-19 janvier 1974*, AD-SSD, 4 AV 2009-2018.
- ¹⁸ MARCHAIS, Georges, *Intervention à la session du Comité central du PCF des 18-19 janvier 1974*, AD-SSD, 4 AV 2009-2018.
- ¹⁹ PIQUET, René, *Rapport à la session du Comité central du PCF des 18-19 janvier 1974*, AD-SSD, 4 AV 2009-2018.
- ²⁰ *Ibidem*.
- ²¹ Citado en *Kremlin-PCF Conversations secrètes*, París, Olivier Orban, 1984, p. 193.
- ²² KANAPA, Jean, *Rapport à la session du Comité central du PCF des 30-31 mars 1976*, AD-SSD, 4 AV 2160-2171. Esta decisión de hacer circular la información había sido tomada por el Buró Político durante su reunión del día 9 de marzo de 1976: *Réunion du Bureau politique du 9 mars 1976. Décisions*, AD-SSD. Según Jean Fabien, esta decisión habría sido saboteada por los defensores de la línea prosoviética (FABIEN, Jean, cit., p. 117). No podemos, de momento, confirmar o negar tal afirmación, pero la comparación que hemos podido realizar entre las afirmaciones de J. Fabien y el contenido de los archivos apunta su verosimilitud.
- ²³ KANAPA, Jean, *Rapport à la session du Comité central du PCF des 30-31 mars 1976*, AD-SSD, 4 AV 2160-2171.
- ²⁴ *Réunion du Bureau politique du 12 janvier 1977. Décisions*, AD-SSD.
- ²⁵ KANAPA, Jean, *Rapport à la session du Comité central du PCF des 31 mars-1er avril 1977*, AD-SSD, 4 AV 2229-2244.
- ²⁶ *Réunion du Bureau politique du 24 février 1977. Décisions*, AD-SSD.
- ²⁷ KANAPA, Jean, *Rapport à la session du Comité central du PCF des 31 mars-1er avril 1977*, AD-SSD, 4 AV 2229-2244.
- ²⁸ Esta carta fue publicada en 1985 en el trabajo de Jean FABIEN, cit., pp. 147-164. La transcripción de la carta se ajusta a la lectura realizada en el Comité Central, excepto una ligera diferencia a propósito de la participación de Pierre Juquin en la reunión de la Mutualité: el texto escrito se refiere a «los representantes de la dirección del PCF», mientras que en la tribuna la frase pronunciada fue «algunos representantes de la dirección del PCF».
- ²⁹ *Réunion du Bureau politique du 30 mars 1977. Décisions*, AD-SSD.
- ³⁰ KANAPA, Jean, *Rapport à la session du Comité central du PCF des 31 mars-1er avril 1977*, AD-SSD, 4 AV 2229-2244. Las citas anteriores y sucesivas provienen de la misma sesión del Comité Central.
- ³¹ KRASUCKI, Henri, *Intervention à la session du Comité central du PCF des 31 mars-1er avril 1977*, AD-SSD, 4 AV 2229-2244.
- ³² Fue el Buró Político quien, el 5 de enero de 1977, decidió reconocer una parte de la verdad (la delegación francesa estuvo bien al corriente) pero mantuvo una versión poco creíble: la delegación no habría transmitido la información a la dirección del PCF (*Réunion du Bureau politique du 5 janvier 1977. Décisions*, AD-SSD). *L'Humanité* del 13 de enero de 1977 publicó la nueva versión oficial.
- ³³ La mejor síntesis sigue siendo la de COURTOIS, Stéphane, LAZAR, Marc, cit., pp. 380 y ss.
- ³⁴ PIQUET, René, *Rapport à la session du Comité central du PCF des 18-19 janvier 1974*, AD-SSD, 4 AV 2009-2018.
- ³⁵ KANAPA, Jean, *Rapport à la session du Comité central du PCF des 31 mars-1er avril 1977*, AD-SSD, 4 AV 2229-2244. *L'Humanité*, 1-VII-1976.
- ³⁷ KANAPA, Jean, *Rapport à la session du Comité central du PCF des 31 mars-1er avril 1977*, AD-SSD, 4 AV 2229-2244.

